

El intelectual ante la Revolución Mexicana. Un periodista entre *Los de abajo**

Carmen Espejo Cala
Universidad de Sevilla

DEL largo título de esta ponencia se deduce una duda que será, para el desarrollo de la misma, *metódica* o *metodológica*. ¿Estuvo el intelectual en general, y el periodista en particular, *entre* las gentes que hicieron la Revolución Mexicana o, por contra, se mantuvo *ante* los singulares acontecimientos en actitud reaccionaria? Ante la revolución o entre los de abajo: este presupuesto dinámico servirá, decimos, de método para intentar profundizar en la lectura, si no de una época histórica apasionante o de una corriente novelística destacada, sí al menos de una gran novela, *Los de abajo* de Mariano Azuela.

Comenzaremos por aplicarnos el método a nosotros mismos, lectores hoy de la novela; nos situaremos así *ante* la obra, su autor, su contexto, y nos preguntaremos para empezar, y con los datos históricos de que disponemos, si efectivamente el intelectual mexicano fue parte activa o contraria a la Revolución de 1910. No es cuestión fácil de responder por dos razones fundamentales:

a) la dificultad de aplicar el concepto de "intelectual" a la sociedad mexicana de principios de siglo. Como se sabe, el término "intelectual", en su acepción actual, utilizado como sustantivo con el que se identifica a los trabajadores de las letras, la ciencia, el pensamiento, la opinión pública, es reciente en la lengua castellana. Inman Fox descubre que su difusión se produce muy a finales del siglo pasado, y, curiosamente, gracias a que el término se utilizó en la prensa, francesa primero y del resto de Europa después, para designar a los pensadores y literatos que encabezaron la protesta contra el gobierno galo a raíz del celeberrimo *caso Dreyfus*. De este modo, el término pasa a identificar a un grupo social bien definido, integrado por artistas o científicos persuadidos de su misión como rectores de la sociedad y, casi inevitablemente, objetores de la actuación de cualquier gobierno¹.

Con tal connotación, no puede decirse que en el México pre-revolucionario existiera un grupo de intelectuales canónicos. A los relativamente numerosos hombres de la cultura mexicana –recuérdese el dato espeluznante: la tasa de analfabetismo en 1910 era aún del 70%– les faltaba para serlos el sentimiento de grupo, y, ante todo, la responsabilidad social entendida como actitud crítica ante la autoridad. Quienes se dedicaban al ejercicio de la cultura en aquel México eran, o bien graves académicos o universitarios, de musa algo tosca, o bien extravagantes hijos pródigos de

* Conferencia pronunciada en el II Encuentro, cit.

buena familia, o, por último, honrados profesionales liberales dedicados tangencialmente a las letras —como el mismo Mariano Azuela, del que Brushwood dice que “fue un médico que escribe novelas”².

Desmintiendo el título de nuestra ponencia, podría concluirse entonces que no hubo en México un grupo intelectual susceptible de colocarse ante o entre la Revolución, sino una élite social y económica que tenía entre sus privilegios el de la cultura y que reaccionó, lógicamente, al unísono con el resto de los grupos privilegiados: apoyando tal vez la revolución política, de signo burgués, que acabó con Porfirio Díaz y llevó al poder al general Huerta, pero repudiando la revolución social, popular, campesina, que intentó acabar con el Estado burgués. Según recoge el eximio historiador mexicano José Bravo Ugarte, un secretario del mismo Huerta escribía en sus memorias que...

*... en junio de 1913 el general Huerta contaba con las inteligencias más claras de México; le rodeaban y cooperaban con él todas las clases sociales, los hombres más cultos, las masas estudiantiles, la banca, el comercio...*³

Seguramente decía verdad. De manera que puede concluirse, de momento, que no hubo una participación *intelectual* en la causa de los desheredados que hicieron la más radical de las revoluciones mexicanas. Para éstos, por cierto, y como se verá, un intelectual no era más que una especie particular del “curro” o señoritingo de ciudad; la percepción que el revolucionario tiene del curro puede resumirse con las sentenciosas palabras de Venancio en *Los de abajo*: “(...) Hay que saber que los curros son como la humedad, por dondequiera se filtran. Por los curros se ha perdido el fruto de las revoluciones”⁴.

Pero aún así no puede decirse que hayamos resuelto la cuestión acerca del compromiso de la intelectualidad con la Revolución, pues interponíamos, si se recuerda, una segunda razón que justifica la dificultad de la tarea:

b) Y es que, más que de una revolución, en el caso de la historia contemporánea de México cabe hablar de un conjunto de revoluciones. Por una parte, aparece una revolución burguesa contra la dictadura, otra de los campesinos contra la burguesía, la de los distintos bandos revolucionarios entre sí... Y por otra parte, y esto interesa más a nuestro asunto, se distingue una revolución histórica, la que se hizo con las armas, de otra *historiada*, es decir, contada posteriormente y a través de numerosos cauces.

Efectivamente, la Revolución Mexicana fue el primer gran acontecimiento de la historia independiente hispanoamericana que generó un nutrido grupo de relatos posteriores. Éstos pueden ser agrupados en tres bloques fundamentales:

1) Los relatos de los protagonistas, hechos públicos en forma de *memorias*, de las que conocemos las de Rodolfo Reyes, las de Francisco Vázquez Gómez, las de Álvaro Obregón —*Ocho mil kilómetros en campaña*—, las de Pancho Villa, retocadas por Martín Luis Guzmán, las de Carranza,

escritas por su lugarteniente Juan Barragán y con el título de *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista*, etc. Algunas de ellas fueron redactadas poco después de los acontecimientos, otras, con el paso de varias décadas, y sin duda merecen un análisis más detallado del que podemos dedicarle aquí. No es difícil observar que, cuando sus autores no eran personas cultas, hubo algún hombre de letras que compuso o al menos corrigió las memorias, como hizo Martín Luis Guzmán con las de Pancho Villa, así que sin dificultad, y para lo que afecta a los intereses de nuestra exposición, este primer grupo puede subsumirse, en cuanto a autoría, en los dos que siguen, en uno o en otro según el talante más informativo o artístico con el que se redactaron los recuerdos.

2) Las crónicas periodísticas de la época, en los rotativos mexicanos y norteamericanos principalmente. Y es que, como se sabe, toda la contienda fue narrada en los periódicos, e incluso podría hablarse ya de una precoz guerra informativa al estilo de la que se librará poco después en la Primera Guerra europea o en conflictos posteriores. En el origen de la contienda política se suelen situar unas declaraciones de Porfirio Díaz a un periodista del *Pearson's Magazine*, anunciando su firme decisión de dejar el poder, y más tarde es el presidente norteamericano Wilson el que a menudo lanza sus advertencias al gobierno mexicano a través de la prensa. No faltan los cronistas de guerra que, escribiendo desde la misma línea de fuego, hacen de voluntarios o involuntarios publicistas de una facción: así hizo Reginald Cann, enviado de *L'Illustration Française* al contar a los europeos la asombrosa habilidad con la que Villa había resuelto la batalla de Zacatecas. Se trata, claro está, de narraciones estrictamente contemporáneas a los hechos narrados.

3) El último bloque de relatos estaría constituido por lo que hoy conocemos como "novelística de la Revolución Mexicana". Sus autores son literatos que, habiendo vivido o no directamente la Revolución, se sintieron subyugados por ella hasta el punto de dedicarle una o varias novelas. Empezaron a escribirlas poco después de iniciado el conflicto —Andrés Pérez, *maderista*, la primera de ellas, es de 1911— y, en cierto modo, siguen hoy en día haciéndolo escenario u objeto de sus historias.

Esta profusión de versiones narradas acerca de los hechos nos convencerá de que, además de una ya de por sí proteica revolución histórica, existe otra revolución —historiada la llamábamos antes— en papel prensa o libro. Retomamos la pregunta entonces: estos *pseudo-intelectuales* mexicanos, periodistas y fabuladores, ¿contaron la Revolución para comprometerse con sus razones o para denunciar su sinrazón?

Los periodistas, desde luego, y siempre hablando en términos genéricos, tomaron parte en la contienda del lado del poder establecido. No está de más hacer un poco de historia, y recordar que, salvo una incipiente prensa pro-gubernamental que produjo la Colonia española, y en la que la *Gaceta* del mexicano doctor Castorena es pionera, el periodismo hispanoamericano se desarrolla bajo el auspicio de las ideas revolucionarias independentistas, a lo largo del siglo XIX. Y, sin embargo, es también notorio que, una vez lograda la Independencia, la prensa hecha en suelo americano se hace decididamente oficialista, pues, la que no lo es, se publica habitualmente desde el exilio. También abunda el periodismo literario, seguramente como única posibilidad frente a la férrea censura que, tanto en México como en otras repúblicas, imponen rápidamente los nuevos gobiernos.

Hubo, desde luego, ejemplos singulares de periodistas comprometidos con la Revolución, hasta la muerte incluso, como en el caso del poeta y periodista nicaragüense nacionalizado mexicano Solón Argüello, asesinado en los primeros tiempos del *huertismo*. Pero, en términos generales, fue tan declarado enemigo de la Revolución el periódico que, tras ella, no sobrevivió ni uno solo de los antiguos grandes rotativos. El más anciano de los diarios importantes de México, *El Universal*, es de 1916.

La actitud de los literatos ante la Revolución es más difícil de resumir. Se parte del dato incontestable de que el proceso revolucionario ha marcado la literatura mexicana con su presencia constante en la temática. Incluso los poetas se pusieron a hablar de fusiles y soldados, como el *estridentista* Maples Arce, que exclamaba:

*Trenes militares
que van hacia los 4 puntos cardinales,
el bautizo de sangre
donde todo es confusión,
y los hombres borrachos
juegan a los naipes
y a los sacrificios humanos;
trenes sonoros y marciales
donde hicimos cantando la Revolución.*

Pero fueron sobre todo los novelistas los que hallaron en el levantamiento popular un filón inagotable de historias, algunas épicas, otras íntimas, a veces documentados cuadros históricos, a veces meras remembranzas autobiográficas. Ya se ha comentado que desde las novelas de Azuela en la segunda década de siglo hasta el presente, éste ha sido un contenido recurrente y una preocupación constante de los novelistas mexicanos. Ochenta años entonces haciéndose en sus obras la misma, insistente pregunta: ¿Triunfó la Revolución? O, dicho de otra forma, ¿debe considerarse partícipe de ese teórico triunfo el novelista, o, por el contrario, esa victoria fue, de alguna manera, *sobre* el novelista y la sociedad a la que este representaba? Marta Portal afirma que la respuesta es pesimista: "*traicionada, incumplida, demagogizada, mitificada, aburguesada, corrompida*, viene a decir de la Revolución su discurso narrativo"⁵, y recuerda que, de tan crítica y pesimista, la mirada retrospectiva que Mariano Azuela hace del conflicto en *Los de abajo* ha sido a menudo considerada contrarrevolucionaria. El pesimismo se ha enquistado, desde entonces, en la narrativa de la Revolución, y también la sospecha de reaccionarios para sus autores porque, si bien es verdad que los gobiernos herederos de la Revolución han actuado a veces tan despóticamente como las oligarquías precedentes, también es cierto que los novelistas sólo han querido ver este efecto, refugiándose en el mito de la presunta pureza del estallido popular frente a la corrupción muy temprana de los primeros ideales. Una autora, ella misma integrante de la novelística de la Revolución, Rosario Castellanos, acusa a sus compañeros de escuela:

Es cierto que la Revolución Mexicana, desde el gobierno de Ávila Camacho, ha dejado pasar muchas posiciones a la reacción. Pero es cierto que el intelectual, en vez de dar la voz de alarma, se ha

sumado de buena gana al coro de plañideras que se apresuran a enterrar lo que no saben aún si es ya cadáver o si conserva gérmenes vivos que es preciso desarrollar y defender. Y aún coincidiendo que la Revolución fuese ya un cadáver, ¿por qué no lanzar el primer grito de rebeldía y buscar las orientaciones necesarias para una nueva revolución? No hay que cultivar siempre la oscura preferencia por el fracaso, por la abstención, por la muerte⁶.

Obsérvese que Rosario Castellanos habla en la cita del "intelectual", y lo hace con justicia pues, frente al poder revolucionario establecido, los novelistas sí que han formado grupo con clara idea de su misión como críticos del *status quo* y detentadores únicos, en el recuerdo y en sus formulaciones narrativas, de la pureza originaria de la Revolución. Marta Portal nos pone sobre aviso de esta apropiación, pero no la juzga negativamente:

*Es decir, para procesar en el discurso narrativo la mala configuración del ideal revolucionario, el novelista remitifica la Revolución en su estallido popular y en sus ideales primeros. A la vez, este método de denuncia de la ruptura del ideal por la gestión política posterior, entraña una mitificación subsidiaria: ellos, los novelistas, se reservan para sí —desde la buena fe— el papel simbólico —o misional— de críticos del *stablishment*; se ven a sí mismos como protagonistas-antagonistas de la ideología política en el poder. Es decir, mitologizan su propia vocación crítica⁷.*

Pero nosotros nos preguntamos: ¿realmente esta postura crítica del intelectual acerca de la Revolución y sus consecuencias se hace *desde la buena fe*, como dice Portal? La expresión recuerda inevitablemente a aquella otra que hizo célebre el existencialismo francés, la *mauvaise foi* o mala fe que hacía al intelectual sentirse a disgusto tanto *entre* los de su clase social como *ante* las clases desprotegidas que teóricamente defendía. ¿No se habrá sentido, el novelista mexicano, amenazado de algún modo por ese ímpetu revolucionario popular que él mismo exalta, tal vez hipócritamente, de *mala fe*, en sus obras? Y, si fuera así, ¿por qué sentirse amenazado?

Proponemos una hipótesis: más allá de una amenaza social, debida a la desigualdad económica y basada en la probable pertenencia del intelectual a un grupo social privilegiado, la amenaza que la Revolución hace pesar sobre el escritor, periodista o literato, es de índole cultural; la Revolución Mexicana fue, entre otras muchas cosas, una reivindicación de la cultura popular, mestiza, espontánea, oral, sobre la cultura escrita, europeizada, artificiosa, que, desde luego, era privilegio y enseña de las clases pudientes.

Lanzada la hipótesis proponemos su verificación en un texto concreto de la narrativa de la Revolución, precisamente el más representativo, *Los de abajo*. A partir de ahora, entonces, abandonamos nuestra posición crítica *ante* la obra y nos adentramos en ella. La pregunta con la que abríamos la ponencia se reedita ahora en términos más concretos: ¿cuál es la posición de los intelectuales que aparecen en *Los de abajo* frente a la Revolución? Habrá que empezar por recordar, y aún por definir, quiénes son estos intelectuales. Situándonos en lo que Javier del Prado llama el *texto como relato*, es fácil advertir la presencia constante de al menos un intelectual entre los actores de cada parte de la novela: toda la Primera Parte, la más extensa, la que se abre con la salida hacia

la sierra de Demetrio Macías y se cierra con la primera gran victoria militar, está dominada por las apariciones del periodista Luis Cervantes, que llega a robar protagonismo al mismo Macías —cuando revisa la primera edición Azuela amplía, además, las secuencias dedicadas a Cervantes—. Al periodista le sirve de contrapunto, en las páginas finales de esta Primera Parte, Alberto Solís, al que en términos actuales llamaríamos “publicista” del bando revolucionario. La Segunda Parte, la de la progresiva degradación de la tropa de Macías y del mismo jefe, insiste en el papel estelar de Cervantes, mientras que al empezar la Tercera Parte o epílogo Cervantes ha desaparecido de la acción y, en cambio, aparece un nuevo personaje letrado, el poeta loco Valderrama.

El rasgo común más evidente entre estos tres personajes es su competencia lingüística. Ésta se manifiesta en dos niveles diferentes.

a) En primer lugar, en el *habla*, es decir, en los diálogos con el resto de los personajes de la novela. Los tres utilizan períodos sintácticos más complejos, frente al estilo abrupto, de sintagmas cortos, yuxtapuestos, que emplean los hombres de Macías y el resto de los revolucionarios. Y, ante todo, el conocimiento léxico de estos tres personajes es muy superior al de los insurgentes. La diferente actuación lingüística sirve a menudo para crear comicidad en la novela:

—Me llamo Luis Cervantes, soy estudiante de Medicina y periodista. Por haber dicho algo en favor de los revolucionarios, me persiguieron, me atraparon y fui a dar a un cuartel...

La relación que de su aventura siguió detallando en tono declamatorio causó gran hilaridad a Pancracio y al Manteca.

—Yo he procurado hacerme entender, convencerles de que soy un verdadero correligionario...

—¿Corre... qué? —inquirió Demetrio, tendiendo una oreja.

—Correligionario, mi jefe..., es decir, que persigo los mismos ideales y defiendo la misma causa que ustedes defienden.

—¿Pos cuál causa defendemos nosotros?...

Luis Cervantes, desconcertado, no encontró qué contestar.

—¡Mi qué cara pone!... ¿Pa qué son tantos brincos?... ¿Lo tronamos ya, Demetrio? —preguntó Pancracio, ansioso (p. 93).

En términos generales, podría afirmarse que los revolucionarios de la novela hablan entre sí, mientras que los intelectuales disertan continuamente. Más concretamente, y utilizando los verbos con que se designan las actuaciones lingüísticas en el texto, encontramos que los primeros *platican* mientras que los segundos *peroran*, *pronuncian* o *rezan*. La propensión de Cervantes, Solís y Valderrama hacia la oratoria es constante, y se manifiesta además en la novela en gradación ascendente a medida que el rol de intelectual va siendo ocupado por cada uno de estos tres personajes. Luis Cervantes se desliza por primera vez hacia el estilo declamatorio pocos días después de haberse unido a los hombres de Demetrio Macías; el texto recoge efectivamente como *desliz* de Cervantes este momento, pues supone un claro paso atrás en sus pretensiones de asimilarse a la tropa:

—La caída de Zacatecas es el Requiescat in pace de Huerta —aseguró Luis Cervantes con extraordinaria vehemencia—. Necesitamos llegar antes del ataque a juntarnos con el general Natera. Y reparando en el extrañamiento que sus palabras causaban en los semblantes de Demetrio y sus compañeros, se dio cuenta de que aún era un don nadie allí (p. 113).

A partir de ese momento, frecuentemente aparece en la acción utilizando su capacidad oratoria, hasta el punto de que, en una ocasión, cuando La Pintada —una soldadera— lo va levantarse con una copa en la mano en medio de la cena, ya sabe de qué se trata:

*—Señor General...
—¡Hum! —interrumpió la Pintada—. Hora va de discurso, y eso es cosa que a mí me aburre mucho. Voy mejor al corral, al cabo ya no hay qué comer (p. 155).*

Pero lo que en Cervantes es habitual en Solís es ya general. Este último aparece en la novela discursando ante el primero y, poco después, exaltando en voz alta “con fácil palabra”, dice el texto, las gestas de Demetrio Macías. Su segunda aparición es un largo relato que hace a Cervantes de la batalla de la que ambos acaban de huir. Para hacerse idea del tono de su discurso basta oír el final:

*—¡Qué hermosa es la Revolución, aun en su misma barbarie! —pronunció Solís conmovido. Luego, en voz baja y con vaga melancolía:
—Lástima que lo que falta no sea igual. Hay que esperar un poco. A que no haya combatientes, a que no se oigan más disparos que los de las turbas entregadas a las delicias del saqueo, a que resplandezca diáfana, como una gota de agua, la psicología de nuestra raza, condensada en dos palabras: ¡robar, matar!.. ¡Qué chasco, amigo mío, si los que venimos a ofrecer todo nuestro entusiasmo, nuestra misma vida por derribar a un miserable asesino, resultásemos los obreros de un enorme pedestal donde pudieran levantarse cien o doscientos mil monstruos de la misma especie!... ¡Pueblo sin ideales, pueblo de tiranos!... ¡Lástima de sangre! (p. 143).*

En cuanto al loco Valderrama, poeta vagabundo, es claro que su única acción en el relato es la declamación, ora retórica, ora lírica. En él la propensión grandilocuente llega al paroxismo. Divierte a la tropa con sus arengas, sus citas bíblicas y sus canciones. Una vez, cantando *El enterrador*, hace llorar a Macías, y le dice:

*—¡Cómaselas!... ¡Esas lágrimas son muy bellas!
Demetrio pidió la botella y se la tendió a Valderrama.
Valderrama apuró con avidez la mitad, casi de un sorbo; luego se volvió a los concurrentes y, tomando una actitud dramática y su entonación declamatoria, exclamó con los ojos rasos:
—¡Y he aquí cómo los grandes placeres de la Revolución se resolvían en una lágrima! (p. 201).*

En fin, si se nos permite una última cita para corroborar este punto, puede añadirse que la diferente capacidad para la disertación sirve también como argumento para la comicidad en la novela. Hace un momento dejamos a Cervantes, copa en alto, a punto de lanzar un discurso en medio de una cena de camaradas. La secuencia acaba así:

Luis Cervantes ofreció el escudo de paño negro con una aguilita de latón amarillo, en un brindis que nadie entendió, pero que todos aplaudieron con estrépito.

(...) –Compadre –pronunció trémulo y en pie Anastasio Montañés–, yo no tengo que decirle...

Transcurrieron minutos enteros; las malditas palabras no querían acudir al llamado del compadre Anastasio. Su cara enrojecida perlaba el sudor de su frente, costrosa de mugre. Por fin se resolvió a terminar su brindis:

–Pos yo no tengo que decirle... sino que ya sabe que soy su compadre...

Y como todos habían aplaudido a Luis Cervantes, el propio Anastasio, al acabar, dio la señal, palmoteando con mucha gravedad (p. 155).

A la situación analizada podría aplicársele, para una mejor comprensión, la teoría sociolingüística de Bernstein, que distingue entre dos tipos de hablas sociales: lo que llama *código elaborado* y lo que llama *código restricto*. Este último es *restricto* o restringido en lo que se refiere a posibilidades sintácticas y opciones para subvertir cierto orden general prefijado. Es propio de estructuras sociales gobernadas por una fuerte solidaridad. El código elaborado permite mayor flexibilidad y logra arrancarse de la sumisión social a que obedece el código restricto, por lo que su aplicación supone un trabajo "más directo" con las ideas, hasta el punto de que a veces tiende a someter la realidad a su dominio. Es propio de situaciones sociales marcadas por el individualismo⁸. Si el habla de los hombres de Demetrio Macías es claramente un código restricto, el lenguaje de los tres intelectuales es un código elaborado de gran riqueza expresiva y con posibilidades de someter los hechos a su dominio retórico: recuérdese el pasaje en el que Solís relata aduladoramente a Macías sus gestas bélicas, tan bien aliñadas, que el mismo Macías "acabó por contarlas más tarde en el mismo tono y aun por creer que así habíanse realizado" (p. 135). Ahora bien, si se extrae todo el juego que la referencia a Bernstein permite, debe hacerse notar que el código restringido de los revolucionarios es consecuencia de la cohesión social o solidaridad de clase; Cervantes, Solís y Valderrama, en cambio, viven en la novela un *desclasamiento* directamente proporcional a su dominio lingüístico.

b) Menos evidente, pero más decisiva aún que la desigual competencia en la expresión oral, una diferencia notable entre ambos grupos de personajes es el recurso a la comunicación escrita: Alberto Solís ha seguido, en su momento, las crónicas de Luis Cervantes furiosas contra los rebeldes en los periódicos *El País* y *El Regional*; este aparece en una ocasión escribiendo una orden en nombre de Demetrio Macías, y en otra leyéndole al jefe un oficio militar, y abre la Tercera Parte de la novela con una carta que dirige a sus antiguos correligionarios desde Texas, una vez que abandona la Revolución, y que se transcribe íntegra en la novela.

Su condición de letrado es, por otra parte, el rasgo que destacan sus compañeros al referirse a él. Saber leer y escribir confiere a Cervantes credibilidad ante el grupo de hombres comunes, y hace que se presuponga en él una sabiduría rayana en lo mágico:

–Si vieras qué bien explica las cosas el curro, compadre Anastasio –dijo Demetrio, preocupado por lo que esa mañana había podido sacar en claro de las palabras de Luis Cervantes.

–Ya lo estuve oyendo –respondió Anastasio–. La verdad, es gente que, como sabe leer y escribir, entiende bien las cosas (...)

– (...) ¡Lo que es eso de saber leer y escribir!... (p. 117).

Es sintomático, no obstante, que no sólo Cervantes y los otros intelectuales aparezcan relacionados con el universo de la escritura, sino también algún personaje muy secundario, como el joven jefe de los federales a los que Macías y sus hombres derrotan en su primer triunfo bélico. El iluso general, confiado en una victoria que no llegará, escribe mentalmente al Ministro de la Guerra un parte que se transcribe también completo en el texto. Puede extraerse en conclusión que el privilegio de la lectura y la escritura no es circunstancial a los personajes citados, sino inherente a su condición de "curros".

De hecho, es fácil observar en la novela una gran polaridad entre el mundo de la escritura y el de la palabra. Si los curros ilustrados saben de la marcha de la Revolución por los periódicos, los campesinos convertidos en soldados parecen tener sus propias fuentes de información, todas de carácter oral: un viejo sentado a la vera de un camino real les transmite rumores acerca de las posiciones de Obregón, Carrera Torres y Pánfilo Natera (p. 123); "platicando" en la cantina saben más tarde que Villa se acerca a reunirse con ellos, y de la fuerza militar del mismo.

El *texto como discurso* se hace eco de esta confrontación sociológica y cultural. Si los hombres de Macías aparecen generalmente actuando o hablando entre sí en estilo directo, el espacio textual dedicado a Cervantes y Solís es a menudo referido. Nada más aparecer en el relato, Cervantes protagoniza un largo soliloquio que se recoge en estilo indirecto libre, entrecomillado: "¿En dónde están esos hombres admirablemente armados y montados, que reciben sus haberes en puros pesos duros de los que Villa está acuñando en Chihuahua?", etc. (p. 101). Las comillas acompañan de hecho buena parte de los parlamentos de los tres personajes intelectuales, los que se formulan en estilo indirecto (cfr., p.e., p. 133), y también, curiosamente, los que se redactan en estilo directo, como la larga conversación entre Cervantes y Solís cuando ambos se encuentran inoportunamente después de huir de una refriega.

Podría afirmarse incluso que estos tres personajes letrados cumplen en el conjunto del relato una función similar, la de catalizadores y portadores de discursos referidos. Cervantes mantiene su condición de periodista, de algún modo, cuando no sólo aporta información sobre la contienda a los hombres de Macías, sino que, fundamentalmente, recopila información fresca acerca de las motivaciones de los insurgentes: de manera espontánea, Demetrio Macías y Alberto Solís le cuentan cómo llegaron a donde están, lo mismo que habían hecho los soldados del batallón federal con el que luchó antes de unirse a la Revolución.

Solís y Valderrama, por su parte, suponen sendas excusas para el discurso reflexivo en medio de la acción, de manera que sus parlamentos están basados, con mucha frecuencia, en la cita textual:

—Los serranos —le dijo con énfasis y solemnidad— son carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos... "Os ex osibus meis et caro de carne mea"... Los serranos están hechos de nuestra madera... De esta madera fina con la que se fabrican los héroes... (pp. 195-196).

Volviendo, ya para concluir, al *texto como relato*, cabe decir que la polaridad comunicación escrita/comunicación oral se vive como confrontación: el desprecio de los intelectuales de la novela hacia el pueblo llano analfabeto es paralelo al resentimiento de clase que éstos sienten hacia la lectura, la escritura y sus símbolos. Hay dos pasajes de interpretación clara en la novela. En el primero, un "gorrudo", un revolucionario, intenta deshacerse de su "avance" o botín de guerra: una máquina de escribir "Oliver", nueva y reluciente. "La 'Oliver', en una sola mañana, había tenido cinco propietarios, comenzando por valer diez pesos, depreciándose uno o dos a cada cambio de dueño. La verdad era que pesaba demasiado y nadie podía soportarla más de media hora" (p. 136). Uno de los hombres de Macías la compra por veinticinco centavos con una intención insospechada: "La Codorniz, por veinticinco centavos, tuvo el gusto de tomarla entre sus manos y de arrojarla luego contra las piedras, donde se rompió ruidosamente" (p. 137). Se trata, claramente, de un pasaje metafórico donde los insurgentes afirman su cultura propia deshaciéndose de los símbolos de poder de las clases opresoras:

Fue como una señal: todos los que llevaban objetos pesados o molestos comenzaron a deshacerse de ellos, estrellándolos contra las rocas. Volaron los aparatos de cristal y porcelana, gruesos espejos, candelabros de latón, finas estatuillas, tibores y todo lo redundante del "avance" de la jornada quedó hecho añicos por el camino (p. 137).

La máquina de escribir resulta equiparada, en su gratuidad, redundancia y suntuosidad a los candelabros de latón y los tibores de China. En la misma línea de interpretación, páginas más adelante, los hombres de Macías registran una casa aprehendida a alguna rica familia. En el patio el Manteca cuece mazorcas de maíz en una fogata atizada con papeles y libros. En otro ángulo de la escena una soldadera arranca, divertida, láminas de un lujoso ejemplar de la *Divina Comedia*. Súbitamente irrumpe un desconocido:

—Oiga —habló un hombre a Pancraccio en el zaguán—, ¿a qué hora se le puede hablar al general?
 —No se le puede hablar a ninguna; ameneció crudo —respondió Pancraccio—. ¿Qué quiere?
 —Que me venda uno de esos libros que están quemando.
 —Yo mesmo se los puedo vender.
 —¿A cómo los da?
 Pancraccio, perplejo, frunció las cejas:
 —Pos los que tengan monitos, a cinco centavos, y los otros... se los doy de pilón si me merca todos
 (p. 152).

La palabra escrita, para el revolucionario, adquiere como excepción y en el mejor de los casos un valor mágico en cuanto objeto —y no en cuanto signo—, como cuando Anastasio Montañés compra a un vendedor callejero un papel impreso, "una oración a Cristo Crucificado, que cuidadosamente dobló y con gran piedad guardó en el pecho" (p. 191), seguramente a modo de amuleto.

El nuevo mundo que triunfará con la Revolución no necesitará de la escritura, definitivamente estigmatizada por su histórica connivencia con el poder y el dinero. Por ello, el intelectual vivió el

proceso histórico como amenaza para su estatus social y cultural. De haber triunfado realmente, el México pos-revolucionario habría prescindido de la engañosa palabra escrita y, como en una nueva Edad de Oro, la franqueza de la palabra hablada, el candor de la poesía oral y de la música popular –en alguna edición, recuérdese, *Los de abajo* termina con la letra de la famosa *Adelita*– se habrían impuesto sobre ella. El hecho de que se haya escrito, y tanto, sobre la Revolución es buen indicio de que ésta, finalmente, no triunfó de veras.

La nostalgia del intelectual por aquel momento épico, el del primer estallido popular, es entonces impostada: el hombre de letras siempre sintió ante la Revolución, junto a la seducción por su belleza épica, repugnancia y miedo. Se sabía a sí mismo, en efecto, prescindible, redundante, y comprendió que el precio de la integración hubiera sido el silencio. Incapaz de callar, *perorando* sin parar como Luis Cervantes, Solís o Valderrama en nuestra novela, tuvo que limitarse a seguir pasivo *ante* la Revolución, a no estar nunca *entre* sus héroes.

La última prueba de que, tal vez, nuestra hipótesis es verosímil, resulta tan indirecta como sugerente. El mismo año, 1914, en el que Azuela escribe, en medio de la batalla, las notas con las que luego redactará *Los de abajo*, un extravagante novelista-periodista norteamericano desaparece para siempre entre los revolucionarios mexicanos –Carlos Fuentes ha rescatado su nombre del olvido haciéndolo protagonista de la novela *Gringo viejo*–. Ambrose Bierce, después de escribir varios libros de relatos y de trabajar en periódicos tan importantes como el *Sunday Examiner* de Hearst, se adentró un buen día en tierras mexicanas, al encuentro de los rebeldes y les ofreció a cambio de la acogida, quizás la vida, sin duda su silencio.

Notas

1. Inman Fox (1976): "El año de 1895 y el origen de los "intelectuales", en *La crisis intelectual del 98*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, pp. 9-16.
2. John S. Brushwood (1973): *México en su novela*, FCE, México, p. 302.
3. José Bravo Ugarte (1959): *México Independiente*, en A. Ballesteros, *Historia de América*, Barcelona, Salvat Editores, tomo XXII, p. 320.
4. Mariano Azuela (1985): *Los de abajo*, Madrid, Cátedra, p. 106. Citaremos en adelante por esta edición, indicando en el texto entre paréntesis el número de página.
5. Marta Portal: Introducción a *Los de abajo*, p. 40.
6. Citado en Azuela, pp. 40-41.
7. Portal: Introducción a *Los de abajo*, pp. 41-42.
8. Basil Bernstein (1971): *Class, Codes and Control*, Londres, Routledge & Kegan Paul.